



LAS UNIVERSIDADES Y LA SOCIEDAD ABIERTA

Lucas Ghersi – Ex miembro del Tercio Estudiantil EEGLL

Cuando un viajero visita el Cairo, los guías turísticos le muestran con orgullo la sede principal de la Universidad Islámica de Al-Azhar que está ubicada en un edificio antiquísimo coronado de cúpulas y adornado de la caligrafía que es típica de los países musulmanes. En esa casa de estudios, la segunda más antigua del mundo, se imparten clases ininterrumpidamente desde el siglo IX d. C y se realizaron, durante la Edad Media, importantes avances, sobre todo en lo referente a la cirugía oftalmológica y las matemáticas. No obstante, debe recalcarse que el desarrollo intelectual islámico durante esta época no se desarrolló exclusivamente en ese claustro, puesto que otras ciudades como Qairuán, en Túnez, y Kom, en Irán, poseen instituciones de similar antigüedad y prestigio. A lo largo de esa época, se gestó, en esa parte del mundo, un clima constructivo de debate académico que permitió importantes avances científicos, y permitió la revaloración y la reinterpretación de la filosofía de la antigüedad clásica.

Sin embargo, en el siglo XIII, Al Ghazzali, un místico persa, argumentó que la labor de los intelectuales en las universidades era inútil, puesto que tendía al ateísmo y se basaba en opiniones mas no en argumentos que fueran verdaderamente demostrativos. Su libro, titulado *La incoherencia de los filósofos* tiene, hasta el día de hoy, muchísima influencia entre los fundamentalistas islámicos.² Asimismo, y en esa misma época, invasiones mongolas aceleraron el declive de los califas ilustrados y la llegada al poder de jefes militares con prioridades muy diferentes. Poco a poco, aunque de forma indetenible, se produjo el deterioro de la vida intelectual

del mundo islámico hasta el punto que este dejó de producir tecnología innovadora y empezó a importarla. En el siglo XV, los ingenieros de Mehmet II no pudieron construir los cañones que necesitaban para sitiar Constantinopla y, por eso, tuvieron que traerlos desde Hungría.

Ahora bien, esta reflexión histórica no se formuló solamente para satisfacer la curiosidad del lector sino para poder aventurar una tesis: el progreso, a nivel material y a nivel intelectual, solamente es posible en sociedades abiertas. Si el poder político es hostil a la actividad intelectual, este

El progreso, a nivel material y a nivel intelectual, solamente es posible en sociedades abiertas.

podrá mandar callar a los profesores y censurar las imprentas. Si el consenso social es indiferente o desprecia el conocimiento, podrá atentarse contra el correcto funcionamiento de las universidades sin que nadie proteste o se dé por enterado. Por lo tanto, puede concluirse que promover la tolerancia, el

debate y el pluralismo en la sociedad no solo es un deber ético de las universidades, sino, también, un requisito para su viabilidad a largo plazo. En otras palabras, un claustro que se dedique al estudio y a la investigación de manera solipsista, sin promover los valores de una sociedad abierta, sería insostenible porque no estaría promoviendo el derecho de las generaciones venideras a una educación tolerante y libre.

Anticipo que algunos podrían cuestionar esta tesis sosteniendo que el siglo XXI no es como el siglo XIII. Es cierto que en el mundo contemporáneo los avances tecnológicos permiten una serie de hechos que antes hubieran sido impensables. Hace poco, pude escuchar a un profesor de Derecho de Yale dictar una conferencia en vivo desde Estados Unidos a través de una videoconferencia. Asimismo, conozco alumnos de la PUCP que han podido seguir, clase por clase, todo un curso de ética dictado por un profesor de Harvard a través de videos en You Tube. Sin embargo, estos adelantos sorprendentes no implican que la libertad de pensamiento en el siglo XXI no enfrente los mismos retos que ya existían en el siglo XIII. Hoy en día, como otrora, existen personas que no se sienten cómodas con el pluralismo y que preferirían un mundo de verdades simplistas regido por el pensamiento único o por la estrechez ideológica. En resumen, el problema radica en que, en el siglo XXI, e incluso en el Perú, existen personas que predicán, como Al- Ghazzali antes que ellos, la “incoherencia de los filósofos.”

² Al respecto podría recalcarse, también, que Averroes procuró refutar los argumentos de la Gazzali a través de un libro que se llamaba *La incoherencia de la incoherencia*. Sin embargo, y paradójicamente, este libro tuvo muy poca influencia en el mundo islámico, pero muchísima en las universidades europeas que, en ese momento, estaban en su etapa incipiente.

